

Noticiario

(1923)

En el Palace de Madrid y en la noche del 3 de mayo pasado, se dió un banquete en honor del genial caricaturista español BAGARÍA. Por el número y calidad de los comensales—por ahí de 250—el dicho banquete fué un homenaje nacional. La lista de adhesiones fué inacabable.

Dijo entonces Ortega y Gasset:

«Don José Ortega y Gasset se levanta a hablar, dice, en nombre de su chaqué. Chaqué con que Bagaría le ha caricaturizado y que él no ha tenido nunca. Ese chaqué, como otras prendas con que Bagaría ha vestido a sus caricaturizados, serán con las que ha de aparecer ante las generaciones futuras todas las personas que, más o menos, han dado que hablar en la vida contemporánea de España; porque contra el lápiz de Bagaría no hay más remedio que someterse.

El perfil con que Bagaría los pinte será el que quedará, y no el que ellos tengan. En esto consiste el secreto de todo artista que lo sea de veras: en descubrir una nueva fauna. Así como Miguel Angel, bajo las figuras de sus héroes gigantescos dejaba entrever ciertos aspectos bestiales del hombre, como de sátiro o fauno capriforme—de donde vino la palabra «caprichoso»—, y el Greco pintó una fauna de angeloides, Bagaría ha poblado sus dibujos de una fauna peculiar, que está definida desde hace mucho tiempo. Una vez, su madre le dijo. «Pero ¿cómo quieres ganarte la vida pintando esos caracolitos?» Y, en efecto, todos los caricaturizados por él quedarán envueltos en las espirales de esta fauna de caracolitos.

CUARTILLAS DE BAGARIA

«Amigos míos: Gracias, muchas gracias, por la bondad que habéis tenido al sentarme en este sitio preferente. Yo, como sabéis, no soy muy amigo de los banquetes; es más, soy enemigo de esta clase de fiestas que cien veces he pretendido criticar con mi lápiz. Pero la vida está llena de contrasentidos; y por uno de ellos estoy en estos instantes bajo la impresión más satisfactoria, bajo el influjo de una vanidad satisfecha; estoy, acaso, en el momento más dichoso de mi vida, gracias precisamente a un banquete. Y es que ¡quién no tiene su dosis más o menos pequeña de vanidad! Hombre al fin, tengo que sentir, ante un acto como este, una agradable caricia a la vanidad, esa

diosa que convierte por un momento al insignificante en hombre grande, aunque por desgracia esa grandeza termine cuando la digestión acaba y torna uno a su verdadero ser. Yo, mañana, por muy alto que me sienta en este momento, estaré otra vez al borde de la charca haciendo caricaturas. Podéis creer que el único orgullo que hasta hoy había sentido era el de haber puesto mi troglodítico lápiz al servicio de los justos; mis caracoles han llorado más de una vez al contemplar las injusticias, y su espiral se alargaba hasta el cielo en fuerte ademán de protesta. Todo artista debe poner su arte al servicio de la humanidad, debe reír o llorar con ella. Si me lo permitís, diré que el arte por el arte es una especie de vicio solitario.

Al daros las gracias me he olvidado de rendir otro tributo de gratitud: me refiero a Madrid, a ese incomparable Madrid, amable acogedor de todo esfuerzo. Su espíritu afec-

tuoso me hizo adivinar desde el primer momento que yo viviría y moriría en Madrid. Llegué aquí hace once años para pasar quince días, y ya veis que no llevo trazas de hacer las maletas; y sobre todo, después de esta demostración, que os confieso que me ha sorprendido; no sospechaba yo que un acto en mi honor habría de reunir a tantos y tantos amigos...

Y como entre amigos estoy, voy a evocar un recuerdo para mí muy íntimo. Cuando yo comenzaba mi carrera de caricaturista, al recibir mi madre las primeras pesetas que mis caricaturas me produjeron, muy escasas por cierto, puso un gesto mezcla de incredulidad y asombro, y me dijo con su sinceridad de mujer sencilla: «Pues, hijo mío, no me explico cómo te pueden dar dinero por hacer esos caracoles». Hoy, al cabo de los años, mi madre encontrará la respuesta a su incredulidad; ahora le podré decir que aquellos caracoles, no sólo eran productivos económicamente, sino que me han proporcionado el honor más grande a que yo podía aspirar; mis caracoles acaso nada signifiquen en la historia del arte; pero han logrado reunir en torno mío tantos afectos, tan numerosos amigos..., que ella cuando lo sepa, sentirá primero una sorpresa como la que sufrió hace años, y luego una alegría que bastaría por sí sola para compensarme de cuanto bueno haya podido hacer en mi vida. Gracias por ella. Señores, muchas gracias».

En casa del caricaturista,

Por Bagaría.



—Papá, ¿por qué no le dices a D. Millán⁽¹⁾ que no se vaya?
—Es verdad, hijos míos. ¿Quién me proporcionará ahora tantos asuntos como él para mis dibujos? ¡Tendremos que suprimir el postre!

(El Sol, Madrid)

(1) Ex-Director General de Seguridad y en Madrid.

EL GENIO CÓMICO DE BAGARIA

Si un banquete suele ser un honor que los comensales rinden al agasajado, el que esta noche daremos a Bagaría es más bien un honor que él nos hace autorizándonos a ofrecérselo. Hace algún tiempo nos dijo a sus amigos: «Yo creo que ya es hora de que me den un banquete». En otro, tal declaración hubiera sonado a petulancia o impertinencia, y hubiera movido a indignación o risa. En Bagaría, nos dejó pensativos. Quería decir, sin duda, que, en su opinión, ya empezaba a haber en Madrid una centena o dos de personas—concurrida media de los banquetes—capaces de entender su arte.

Mucho se discute estos días del uso y abuso de los banquetes; pero siempre tendrán estos actos para el psicólogo social un valor clasificativo, pues cada uno revela quiénes son las cien o doscientas personas que asumen el espíritu del banqueteador. De este modo, al cabo del año, podemos averiguar quiénes son los cien tontos (acaso muchos más), los cien arribistas, los cien sabios (éstos ya son muchos), los cien artistas (también es excesivo el número), los cien jus-